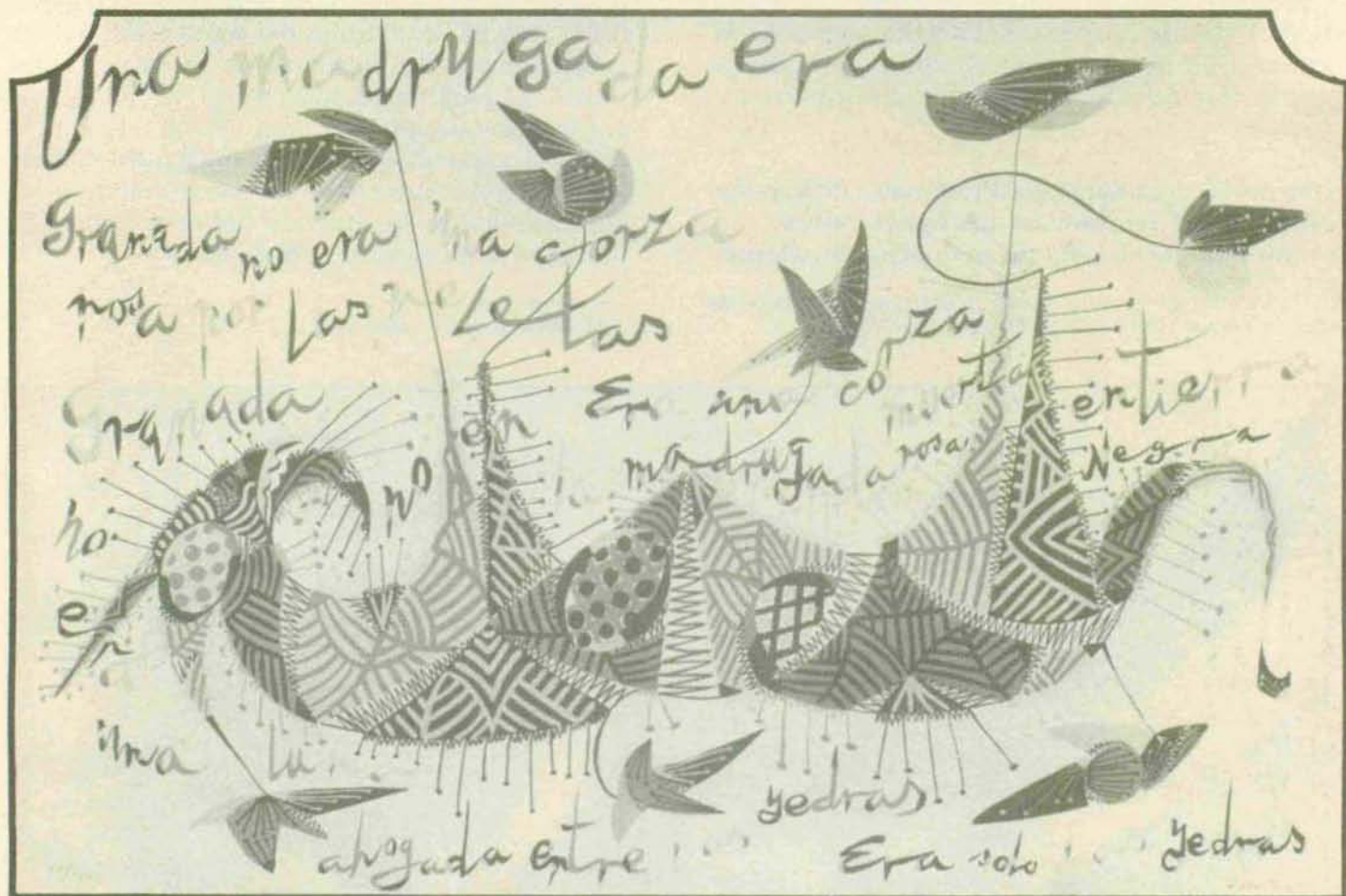


# Una poesía de campaña

E. Haro Ibars



**L**A revista «El Mono Azul» recogió en sus páginas gran parte de la actividad de los poetas españoles que, durante la guerra civil, se comprometieron de forma activa con la causa republicana y con el Frente Popular. Tales poetas —entre los que se encuentran nombres tan importantes como los de Alberti, Prados, Gil-Albert, Herrera Petere, Aleixandre, Altolaguirre, María Teresa León, etc.— comprendieron que, en las circunstancias dramáticas por las que atravesaba el país, debían cambiar la forma de su poesía, abandonar investigaciones formales y pretensiones de «poesía pura» —tan de moda entre nuestros intelectuales de los años veinte y treinta que, dirigidos a sabiendas o no por la batuta de Ortega, pretendían la deshumanización de casi todo— y poner su herramienta de trabajo, la palabra escrita, al servicio de la lucha popular. Abdicaron el papel privilegiado del «poeta», dejaron la hipotética torre de marfil en la que, se supone, los creadores se encierran para llevar a término sus obras de arte, y sin querer servir ya más de médium entre el Numen y los hombres, se conformaron con el más humilde papel de intérpretes de la voluntad popular. Una parte de estos trabajos, renovadores en su vuelta a una expresión tradicional y popular, han sido antologados y prologados por Francisco Caudet en el libro «Romancero de la Guerra Civil» (1).

(1) Ediciones de la Torre. Colección «Libro Compacto/Literatura».



**E**N su prólogo, Caudet estudia la situación cultural de España en tiempos de la guerra civil y analiza los esfuerzos que un grupo de esforzados militantes intelectuales hizo para llevar la cultura, la poesía y el teatro a los frentes. Muestra cómo la gran mayoría de escritores españoles dignos de mención se sintió identificada desde el primer momento con la lucha popular. Y cómo, desde esta identificación, se llevó a cabo una de las experiencias más ricas —al menos en intenciones— de nuestra vida literaria: tratar de devolver al pueblo —verdadero creador primitivo de toda cultura— la palabra, el medio de expresión que le pertenece por derecho propio; cómo el poeta intentó disolver su individualidad en el río del romance.

Este movimiento cultural, especialmente activo en esos años 36-39, que en muchos aspectos fueron realmente revolucionarios y que hubieran podido ser fructíferos de haber pertenecido a otros la victoria, dio a luz muchas empresas interesantes: revistas poético-literarias como el mismo «Mono Azul», «Buque Rojo» u «Hora de España». Empresas teatrales como «Teatro de Urgencia», «Guerillas de Teatro», etc.; programas de radio que llevaban a los más apartados rincones donde se luchaba, voces de escritores, poetas, músicos, intelectuales en fin al servicio del pueblo. Por una vez se trataba de romper la barrera que separa artificialmente a trabajadores manuales de trabajadores intelectuales. Para ello servía, como instrumento básico de comunicación entre las dos clases, la forma del romance. Con él —creación del pueblo, *noticiero de tiempos* en los que no existía el periodismo— se plasmaban senti-

mientos también populares: exaltación de la figura del miliciano, burla jocosa del enemigo, llamadas a la resistencia y al heroísmo que debían sonar verdaderas y emocionantes en aquellos momentos. Se hacía una poesía útil, y no era momento de entrar en discusiones teórico-estéticas. Renacía una poesía sencilla, entonces ya casi olvidada.

O parecía renacer. En realidad, a todos estos poetas —de cuya sincera entrega a la

ría al revés. La mayor parte de estos poemas sólo resisten hoy día una lectura si tenemos en cuenta el momento de su gestación, y esto no por su simplicidad e incorrección, sino por la lucha que en ellos se advierte para resultar, precisamente, simples.

Mientras tanto, el verdadero pueblo, los trabajadores, seguían creando, improvisando romances de verdad, cantados con la música de la última canción de moda; invectivas cargadas de odio genuino, no llamadas al valor sino cánticos escritos desde la valentía misma. Nada de ello encontramos en este libro; nada sino «trabajo de poetas», muy respetable por lo que de intento de nueva expresión tuvo, y también —sobre todo— por su compromiso con una causa popular, compromiso llevado hasta sus últimas consecuencias.

Francisco Caudet ha seleccionado y dividido los romances en tres temas: «heroico-exhortativos», «burlesco-invectivos» y «varios». Quizás sean los burlesco-invectivos los más logrados de estos romances: el ingenio de muchos de ellos, su sal gorda o fina, muestran cómo el hombre tiene la suprema capacidad de reírse incluso de aquello que le está matando. Y en cuanto a la «Introducción» de Caudet, es un buen trabajo histórico, que nos sitúa en el ambiente efervescente de aquella época guerrera y revolucionaria. Se trata de un libro clave para la comprensión de nuestro pasado reciente, durante tantos años escamoteado y que ahora surge ante nuestro ojos, atónitos al ver cómo toma relieve y vida un panorama que nos habían pintado monocolor, plano, muerto y tan sólo vagamente desagradable. ■



causa guerrera es, por otra parte, imposible dudar— no les era posible librarse de un cierto esteticismo; leídos ahora, fuera del calor del combate, muchos de estos poemas resultan forzados y artificiales, como si el poeta deseara ser mucho más «pueblo» que el pueblo mismo. No se trata ya de un problema puramente literario, sino de un voluntario desclasamiento del poeta que le hace incurrir en ocasiones en una especie de cursile-